



PRÓLOGO

A M. Jules Dantin.

PAU, 6 DE NOVIEMBRE DE 1876.

DEL periódico LE GAULOIS, que fue el padrino de vuestra JOROBADA, mi querido amigo, pasa ésta á poder de Dentu. Los folletines se metamorfosean y se convierten en libro, esperando que se convierta, bajo mi pluma, en forma de comedia; tal es vuestra exigencia en este punto, y yo soy débil con un antiguo amigo cual vos.

¿No es una debilidad dejaros anunciar á la cabeza de este libro, un prefacio firmado por mí? ¡Un prefacio! ¡Gran Dios! ¿Cómo queréis que yo le haga? Pedidme una opereta, una comedia de magia, un libreto de una ópera ó de un baile, todo lo cual no me asustaría tanto como un prefacio. ¿No le habéis hecho alguna vez, vos que también escribís?—Sí, un PRÉFACICULE de veinte líneas. Hice uno muy pequeño, para que le leyesen. Nadie se fijó en él ó no

obedecieron á las prescripciones que contenía. Fué puesto á la cabeza de LA SEÑORITA GIRAUD, MI MUJER, y decía los motivos que me habían determinado á escribir aquel libro: me defendía con energía contra ciertos anatemas de que estaba amenazado, y por discreción decía á los lectores que examinaran las páginas del libro donde había desenvuelto mi pensamiento. Después he entrado en diez GABINETES DE LECTURA y he pedido LA SEÑORITA GIRAUD, MI MUJER, cuyas páginas, rotas y desencuadernadas, atestiguaban que habían pasado por muchas manos; pero las páginas señaladas á la atención del público, habían sido escrupulosamente respetadas: estaban intactas, incólumes. Evidentemente se habían dicho:—VA Á CANSARNOS CON SUS TEORÍAS Y SUS PRETENSIONES DE MORALISTA. Y pasaron de largo, sin fijarse en mis recomendaciones. LA SEÑORITA GIRAUD, MI MUJER, activa, había eclipsado á LA SEÑORITA GIRAUD, filosófica.

Ya lo veis, mi querido amigo, no me hallo con fuerzas para escribir el PREFACIO que reclamáis. En vuestra época, estad persuadido, el lector no tiene tiempo de detenerse en las bagatelas de la introducción. Si se trata de una novela de aventuras, corre á la aventura; si de costumbres, busca y recorre apresuradamente las páginas; si de una obra de las llamadas ligeras, se lanza de un salto en el pasaje más escabroso, y le halla al golpe de vista: para él el resto es lánguido.

No conozco más que Thophile Gautier y Alexandre Dumas, hijo, que hayan conseguido que se lean

sus prefacios: el primero, publicado á la cabeza de MADemoiselle DE MAUPIN; el segundo, todas las veces que ha querido. Pero para estos escritores, ¿se trata de prefacios? ¿No es más bien un libro dentro de otro libro?

Habéis tenido la prudencia de no pedirme un trabajo concienzudo, sino un prefacio que os permita poner mi nombre en la cubierta, al lado del vuestro y daros á conocer como mi amigo. ¡Imprudente! ¡Vuestra situación es excelente y la comprometéis!

Supongamos que rehuso satisfacer vuestro deseo. Os presentáis solo, y he aquí el diálogo de que sois objeto.

—¿Cómo es ese Jules Dautin que ha escrito LA JOROBADA?

—Alto, joven, delgado, distinguido, agradable.

—¿Le conocéis?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabéis todo eso?

—Lo ignoro, pero lo supongo. Le concedo todas las perfecciones físicas y morales que juzgo tiene el autor, cuya obra me interesa y conmueve.

Es, en efecto, mi querido amigo, una gran ventaja para los escritores ser personalmente desconocidos; el deseo y la imaginación ayudan y nos hacen un Apolo del Belvédere, ó una Venus de Milo, y nos dan todas las virtudes de Catón ó de Juana de Arco.

—¿Cómo es ese Jules Dautin que ha escrito LA JOROBADA?

—Es un hombre de cuarenta años, lo menos, bajo, calvo é inmoral.

—¿Le conocéis?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabéis todo eso?

—No lo sé, pero me lo figuro. El prefacio de LA JOROBADA, ¿no os ha demostrado que es amigo de Belot? Adolphe Belot ha pasado de los cuarenta y no puede tener por amigo á un joven. No le habrá escogido alto por miedo de hacer mala figura á su lado, y será calvo para no sentir los tormentos de la envidia.

—Justo; pero ¿por qué decís que Jules Dautin es inmoral?

—Porque es amigo de Belot, autor de LA MUJER DE FUEGO y de LA SEÑORITA GIRAUD.

—Pero Belot es también el autor de EL DRAMA DE LA CALLE DE LA PAZ, EL ARTÍCULO 47, DOS MUJERES, LOCURAS JUVENILES, MISTERIOS MUNDANOS, etc., todas estas novelas no tienen nada de inmorales; han sido publicadas en las revistas más timoratas y los periódicos más circunspectos; el ministro del Interior, al estampillarlas, les ha dado certificado de honestidad.

—Lo comprendo; pero yo no he leído más que LA SEÑORITA GIRAUD y LA MUJER DE FUEGO. Es muy divertido.

—Adolphe Betot ha escrito también, solo ó en colaboración, más de veinte dramas ó comedias, que nadie ha criticado bajo el punto de vista de la moralidad. EL ARTÍCULO 47, MISS MULTON, EL TES-

TAMENTO DE CÉSAR GIRODOT, son recomendadas á los colegiales y permitido á las jóvenes.

—No he visto ninguna de esas obras. No asisto más que á los teatros de operetas ó comedias de magia.

—Estáis en vuestro derecho; pero Belot tiene el derecho de protestar contra vuestra ligereza é injusticia, porque le juzgáis por dos obras que son una excepción en su vida de escritor público. Ha creído poder permitirse una fantasía, que se han permitido antes que él Diderot, Balzac y Gautier. Tal vez se ha equivocado, y si se ha equivocado, ha sido inconscientemente, porque todavía pregunta á personas sensatas, si en vez de ocultar ciertos vicios, que se aprovechan de la obscuridad, del silencio, difundiendo, ¿no sería mejor ponerlos en evidencia para combatirlos, anatematizarlos, y tal vez conseguir su extirpación? Si Belot fuese un autor como tratan de hacerlo creer algunos envidiosos, algunas nulidades y algunos críticos, éstos son los más severos, se hubiera apresurado á dar una numerosa progenitura á LA SEÑORITA GIRAUD; el campo de nuestros vicios es muy vasto, y un pintor de costumbres contemporáneas no tiene gran cosa que hacer para obtener un gran repertorio. Sobre todo hubiera sido muy reproductivo para Adolphe Belot, que cuenta sus lectores por cientos de miles; en un año, dos ó tres, ayudando al vicio, la fortuna hecha. Pero no ha querido caminar por esa senda, precisamente porque al extremo de ella estaba la fortuna.

He aquí lo que sois, mi querido Dautin, por el solo hecho de escribir yo un prólogo, viejo, bajo, calvo é inmoral. Es gracioso, pero intolerable. Desde luego váis á descontentar á todas las personas á quienes no he agradado ni agrado diariamente: ese colega, á quien he descuidado felicitarle por el triunfo que ha obtenido últimamente; ese periodista, á quien por haberme ausentado, no le he dado gracias por sus artículos; este deudor eterno, á quien humillo no hablándole de su deuda; este escritor, á quien he tenido el valor de decirle, por ser interrogado, mi opinión sobre sus manuscritos; este asíduo concurrente á todas las primeras representaciones, á quien he olvidado en mi lista; esta artista, á la que he rehusado un papel en mis obras; esta mujer, que he encontrado fea; esta otra, que me ha parecido bonita, por poco tiempo; este marido, este amante, el vecino, las personas á quien la miopía que sufro me impide devolver un saludo; en una palabra, á todos esos que á cada paso en la calle ó en la vida, se cruzan, sin ver y se tropiezan, sin querer.

Este lote de enemigos es respetable. ¿No es verdad? Esperad, que aún no está completo; olvidaba las personas que he tenido la desgracia de disgustar seriamente. En la carrera de autor dramático se molesta uno, se arruina y se sofoca, sin poderlo remediar y con las mejores intenciones del mundo. De ahí las rivalidades, las enemistades que se hallan también en las otras profesiones, no menós numerosas, y sobre todo, no menos significadas. En efecto, ¿qué disgusto no causa la ovación de un pin-

tor, de un escultor, á otro pintor ó á otro escultor? El salón no es bastante capaz para contener los cuadros y los pedruscos de mármol. Si se detiene uno con éxtasis delante de EL DESPERTAR, de Franceschi, ó de sus espléndidos bustos de mujer, ¿no podrá admirar algunos minutos después LA CARIDAD, de Paul Dubois? ¿Los cuadros de Detaille, que atraen á los curiosos; un poco más lejos los de Berne-Bellecour, y Jacquet con su SUEÑO? En el Palacio de Justicia, Carraby atrae la atención de la concurrencia, sin perjudicar á Lachaud, que mañana saldrá victorioso. Entre los Médicos, Hardy, no obstante su fama, la alta afección y estima que le rodea, no impide á sus colegas de adquirir un puesto de primera línea. En el periodismo, un artículo d'About, ¿no puede colocarse al lado de otro de Barther? En el periodismo, un artículo d'About, no ha podido jamás, al menos que yo sepa, comprometer la situación de Francis Magnard; Vitu y Saint-Gernest viven en perfecta inteligencia; Albert Wolff cruza todos los días la ciudad para saludar á Veullot; Montépin adora á Zaccome; Prével y Lafargue son los primeros en dar noticias del teatro á Oswald y á Mendel. De cualquier lado que me vuelva, dirigiéndome á la literatura, la ciencia, las artes y la política, sobre todo la política, no veo más que hermanos y amigos. Es la edad de oro.

Si se trata del teatro, la decoración cambia: X... tiene mucho talento; acaba de presentar al Gimnasio una obra que Montigny se ha apresurado á poner en estudio. Debe representarse al finalizar diciembre,

tan luego como la obra de Sardou, que es la que están representando, deje de llamar la atención; pero contra todas las predicciones, la obra de Sardou sigue llamando la atención. Pasan los meses de enero, febrero, marzo, y el producto de las entradas no permite al director cambiar de espectáculo. Al fin, en abril, la obra de X... puede representarse. ¡Con qué deseo la esperan! ¡Qué bien la reciben! ¡Es magnífica, exclaman en los círculos; TODO PARÍS DEBÍA IR A VER ESA OBRA; pero los primeros estu-
vios de la primavera han hecho ausentarse la gente: por el día, corren de un lado para otro; por la noche, fatigados efecto del calor á que no se hallan acostumbrados, se acuestan, ó bien van á celebrar la apertura de los cafés cantantes que les sourie, á través de un follaje naciente. La obra de X... decae bajo la influencia de las primeras lilas, agoniza bajo el sol de junio y muere en la Canícula. Su obra, representada en invierno, le hubieran producido cincuenta mil francos sus derechos de autor, le hubiera abierto todos los teatros y le habría preparado una carrera magnífica. ¡Ah! ha cobrado de derechos una suma insignificante, y al director que presente su próxima obra, si no desmaya y renuncia á escribir, le recibirá sin afección, diciéndose: "Es un autor de mérito, pero que sus obras no dan dinero.", Caballero, ¿qué otra cosa hubiera sido si mi obra se hubiera representado en invierno, y la obra de Sardou no se hubiese eternizado?

Veamos, francamente; entre nosotros, mi querido Dautin, ¿crees que X... tendrá muchas simpatías

por ese colega que, no contento de su ruina, le ha cortado su carrera? Y no obstante, Sardou no ha cometido con él más que una falta: la de no haber detenido el paso del sol en el mes de abril; no se puede ser á un tiempo Sardou y Josué.

Acabo de citaros un caso excepcional; un hombre de talento es eclipsado por otro de las mismas condiciones. La víctima detesta su verdugo, pero lo hace en secreto, y por respeto propio no trata jamás de perjudicarlo. Supongamos, por el contrario, que un aborto de la literatura, se cree ofendido por un nuevo autor, y éstos se creen siempre ofendidos: si sus dramas no han sido representados en el boulevard, es que d'Ennery les ha desprestigiado con los directores; si su obra no es admitida en el teatro Frances, es porque Augier les tiene envidia. "¡Abajo los jóvenes!", Tal es, según ellos, la última frase dicha por Barrière en el foyer del Vaudeville. Con frecuencia, no han escrito ni comedia, ni drama; no han hecho más que por encargo de un autor, llevar su último manuscrito á un teatro. Por el camino le leen; ocho días después se hallan persuadidos de haber colaborado en la obra, y en la primera representación, murmuran entre bastidores: "Es mi obra la que representan esta noche, no lleva mi nombre unido al de Z... porque me ha suplicado le dejase aparecer como único autor." Estas frases han hallado eco en los cafés de los boulevard y cerverías. El autor aún desconocido, que persigue, sin éxito, pero con insistencia, alguna quimera; este otro, que su pobreza impide llegar al colmo

de su deseo, todas esas honradas personas que es necesario no confundir con los inútiles de que hablo, se indignan y le rechazan, en lugar de apoyar sus mentiras; pero aquellos que la vanidad ofendida ha hecho envidiosos, repiten por todos los ámbitos: "¡Qué explotador es Z... Hace hacer sus obras á X... el miserable!,"

Entonces una jauría de perrillos le persiguen, ladrando amenazadores, y concluyen por morder; sus mordiscos no producen heridas graves, pero se llevan al fin la tajada.

Pero recuerdo que aún no os he hablado de los periodistas, querido Dautin; sus simpatías pueden ser de gran provecho, pero desconfiad, porque no merezco su confianza. Ya sabéis que la política hoy domina la situación, razón por la cual un periódico radical hará con dificultad la apología de una novela escrita por un conservador (aunque para mí la política yo la resumo en una palabra: EL PROGRESO, venga de donde viniere); soy fiel á los recuerdos, y agradecido á los favores durante la emigración, por eso los periódicos avanzados me guardan rencor.

Fuera de la política, tengo la desgracia de tener dos enemigos folletinistas. ¿Cómo me los he creado? No lo sé, y poco me importa saberlo. Porque la prensa no está representada por dos personas solas. Si tengo el derecho de quejarme enérgicamente de esos dos colegas, quien por satisfacer rencores particulares, me insultan en lugar de juzgarme, tengo en cambio que congratularme de la amistad

con que me honran varios de sus colegas. Aunque hayan juzgado alguna vez con severidad algunas de mis obras dramáticas, algunas de mis novelas, lo han hecho con mesura y tacto, sus censuras parecían más bien consejos, que he aprovechado en más de una circunstancia.

Ellos me han hecho sentir no haberme dedicado al periodismo, para desde allí haber hablado lo bueno y criticado lo malo. Pues á veces, en una obra rechazada por la opinión pública, hay cosas muy buenas, que la crítica debe señalar, como el presidente de una Audiencia señala al Jurado hechos que son para el acusado circunstancias atenuantes. Nunca hubiera echado en olvido las consideraciones á que son acreedores los colegas. Hubiera temido siempre el condenar en un momento de mal humor, una obra que á veces cuesta seis meses, un año de desvelos continuos, y sobre la que tenían fundadas tantas esperanzas, y cuyo éxito ó desaprobación podía hacer la felicidad ó desgracia de un ser inteligente. Me hubiera complacido en animar á los débiles, sostener á los desfallecidos, atraer á la verdadera senda á los extraviados, y hubiera preferido colmar á un autor ó actor de lisonjas, exageradas, en lugar de criticarles con aspereza. En fin, mi conciencia no hubiera aprobado las siguientes palabras, atribuidas á un folletinista CHINO, sin duda alguna:

"Si hago elogios de un autor ó actor, decía, solo agrado á la persona á quien alabo, ó á personas de

su íntima confianza. Si las increpo duramente, como de alegría á sus colegas, camaradas, parientes y aun amigos. Mi artículo está buscado con afan, se lo arrancan de las manos., Ese pobre Z... ¡habéis visto cómo le pone X!... ¡El artículo merece ser leído! Todos lo compran para leerlo, sólo hablan de mí. Mis intereses y mi personalidad están en alza.

Comprendo que el caso es práctico, y el éxito de X... ha sido incontestable. Pero sus colegas del folletín lo desaprueban, prefiriendo la honradez á la fama.

Por lo tanto, amigo Dautin, no critiquemos el periodismo; mi nombre os atraerá dos antipatías por veinte simpatías; alegráos, pues.

—Me regocijo tanto más, querido Belot, porque debo añadir á las simpatías de que habláis, las de vuestros amigos personales y vuestros lectores.

—¡Mis amigos, mis lectores! No contáis con ellos. Si Belot, á pesar de las instancias de Dautin no ha querido firmar LA JOROBADA, dirán que era porque ponía en duda el éxito de esa novela.

Eso no es cierto. Y si rehuso el firmar esta vez, como lo he hecho en EL PARRICIDA, DACOLARD y LUBIN y en el SECRETO TERRIBLE, es por la sencillísima razón que, á pesar de vuestra declaración al frente de este tomo, no he, á mi parecer, trabajado bastante en la confección de LA JOROBADA.

De un pleito reciente, del cual se ha ocupado mucho la prensa, he deducido, de entre mil frases muy

atendibles, dichas por el ministerio fiscal, lo que sigue:

“Basta para ser colaborador, el indicar una idea que pueda contribuir al éxito de la obra.”

Convenido. En dicho caso hay colaboración material, es decir, que se tiene una participación más ó menos grande en los beneficios que puede producir la obra. Eso es un asunto comercial que no tiene relación con la buena y franca colaboración literaria, tal como la practicamos en la Sociedad de los autores dramáticos y escritores. Tengo el honor de pertenecer hace tiempo á sus Comités, y tocante á ese pormenor conozco á fondo la opinión de mis colegas.

Para que haya colaboración seria, completa, moral, es preciso que durante cierto tiempo se unan dos inteligencias, dos pensamientos, dos corazones, que se confundan y los abrase el mismo fuego. La idea primera la concibe uno sólo y la comunica en embrión; luego se estudia, se discute entre los dos, y á veces se abandona para ser reemplazada por otra nueva idea surgida de la primera; ésta es hija de dos padres y su procedencia es pro-indivisa. Adoptada esa nueva idea, se buscan las situaciones, entre ambos trazan los caracteres de los personajes que han de figurar en el drama; se conviene en los acontecimientos, los incidentes que han de provocar, la parte alegre, el terror, la compasión del espectador ó del lector; por fin, se divide la novela en capítulos, y la pieza en actos.

Muchas veces, sucede que el plan concebido por uno de los dos colegas, no está sometido á discusión, y sólo se corrige ó arregla cuando la imprenta la saca á luz. Entonces surgen dificultades entre los autores. ¡Pero durante tienen el arado en la mano para abrir el surco, jamás!

Luego, si la obra no es reproductiva, llegan las recriminaciones: ¡Ah! ¡si me hubiéseis hecho caso!

Si el éxito es ruidoso, deploran haber trabajado en colaboración. Y entonces dejan de ser amigos, y sólo se ven dos hombres frente á frente, llenos de defectos.

El plan de la obra está resuelto, sólo se trata de ponerlo en claro. Para algunos es una obra colosal, para otros es una pequeñez.—PHÉDRE está terminada, decía Racine; sólo me falta escribirla. Se hace el reparto del trabajo: A... se encargará del primero y segundo acto, B... del tercero y cuarto; y si no, Fulano lo escribirá solo, y Mengano lo repasará; también suele suceder que ambos colaboradores se HABLAN, la obra la representan y la escriben á un tiempo.

Ahí tenéis, amigo mío, la verdadera colaboración, tal como yo la comprendo.

En cuanto á LA JOROBADA, ¿qué ha sucedido? Me pedís un plan para una novela, á fin de ocupar vuestros ocios, y os lo envío á vuestro retiro. Transcurridos algunos meses, me remitís una novela concluida, y aunque mi plan sirvió de base, vos lo modificásteis. Me entretengo en leerla, corregirla, suprimiendo una frase, añadiendo otra á algún capí-

tulo, llegando al desenlace; después de esto la remití á LE GAULOIS, que la publicó en folletines, después á DENTU que lo publicó en tomo. Es, pues, según mi entender, querido amigo, una colaboración material, pero de ningún modo moral.

No debo, por lo tanto, de ningún modo firmar LA JOROBADA, y por todas las razones que llevo expuestas no quiero hacer el prefacio.

—Pero acabais de hacerlo.

—¡Cómo! ¿os atreveríais á publicar nuestra conversación?

—¿Qué os importa, puesto que decís que nadie la ha de leer?

—Y me sostengo en lo dicho. Pero después de todo, haced lo que mejor os parezca y disponga DENTU, mi editor, mi consejero y amigo.

Vuestro de corazón,

Adolphe Belot.

